

1.

Hacía más de once años que no veía a Emin Kemal. Y sin embargo, mientras bajaba por la rampa del Museo de la Universidad de Alicante, no podía quitarme de la cabeza su mirada de hombre derrotado. Tenía la falsa sensación de haberlo visto el día de antes. No podía imaginar que pocas horas después el escritor caería muerto sobre la alfombra de su estudio, quizás tras una breve agonía, espantado por lo que acababa de ver y oír. No, yo no podía sospechar entonces lo que iba a suceder esa misma noche, aunque no dejaba de pensar en él.

Once años antes, en 1997, Emin Kemal era ya un hombre que se había rendido a la vida sin presentar batalla. Su apartamento de la plaza de Manila parecía un barco rescatado de un naufragio. Su vivienda estaba llena de cosas inútiles que se amontonaban en las habitaciones. Los libros se desbordaban de las estanterías y quedaban apilados en el suelo de los pasillos, en los asientos, bajo su mesa de trabajo, a los pies de la cama. Hacía tiempo que el escritor apenas salía a la calle. Pasaba días enteros en pijama y caminaba de un sitio a otro de la casa arañando las alfombras con unas pantuflas mugrientas que reforzaban su imagen decrepita.

En la primavera de 1997, las visitas al apartamento del escritor turco me resultaban cada vez más costosas. Me marchaba cada día con una inexplicable amargura, con la sensación de derrota que Emin Kemal me transmitía desde hacía tiempo. Era como volver a casa después de bailar unas horas con la muerte, como gastar energías en dar esperanzas a un moribundo. Hacía meses que me había propuesto

no volver a su casa, no atender a sus llamadas, borrarlo de mi vida para siempre. Pero no lo conseguía; no era capaz de romper de forma definitiva con todo lo que me unía a aquel hombre que coqueteaba con la demencia. A menudo me llamaba en mitad de la noche sin reparar en la hora. Descolgaba con la seguridad de que era él y me mantenía a la espera de que rompiera su silencio, un silencio prolongado, como de agonía, que terminaba con una frase cavernosa:

—René, amigo...

—Dígame, maestro —le contestaba con una paciencia fingida.

—¿Qué haces, amigo mío?

—Estaba durmiendo, maestro. Son las cuatro de la madrugada.

—¿Tan tarde? —preguntaba, y enseguida se olvidaba del detalle de la hora—. ¿Qué te ocurre, René? ¿Estás enfermo?

—No, maestro. Estoy bien. ¿Por qué me lo pregunta?

—Entonces, ¿por qué no vienes a visitarme? No puede ser que tengas tantas ocupaciones que te impidan pasar un rato por aquí.

—Estuve ayer en su casa, maestro. ¿Ya no lo recuerdas?

Un silencio de confusión al otro lado de la línea. Una tosecita nerviosa, un amago de disculpa.

—¿Ayer?

—Sí, maestro. En realidad no hace más de diez horas que estuvimos juntos.

—¡Ay, René...! René, amigo...

—¿Qué ocurre, maestro?

—Nada, no es nada. Seguramente tienes razón. Ahora lo recuerdo. ¿Estuvimos hablando de...?

—Sí, maestro, de ella...

Siempre hablábamos de ella. No había conversación en que ella no apareciese. Siempre ella, ella... La in-

nombrable, la perdición, la causa de su ruina y su dolor:  
nuestro dolor.